

sobre esa bandera que llevaba el pueblo español á la arena de los combates; simbolizaría el pensamiento cuya llama mal apagada bajo la armadura de Hernan Cortes, y avivada por el soplo vivificante que partía de las playas del Viejo Mundo, se alzaría terrible en el porvenir como las erupciones del Vesubio.

CAPÍTULO II.

A REY MUERTO PRÍNCIPE CORONADO.

I.

Desquiciada la monarquía española, presa la familia real en Bayona, y el territorio español hollado por los cascos de los caballos del invasor, el pueblo se alzó terrible para defender palmo á palmo la herencia de sus mayores.

Derrotadas las masas, perseguidas, acribilladas, pero luchando sin tregua ni descanso, mantenían viva la antorcha que alumbraría mas tarde el campo de su victoria.

Entretanto la América participaba de aquellas convulsiones y se encontraba de improviso abandonada, sin encontrar un centro á quien obedecer y en expectativa de los acontecimientos de España.

El virey Iturrigaray sostenía una tan difícil situación cuando un acuerdo del ayuntamiento de México dió la voz de alarma, tornando en actores á los que hasta entonces habían permanecido como espectadores.

La revolucion invadia el suelo de la Colonia.

El dia 15 de Julio se hallaba reunido el excelentísimo ayuntamiento de la capital. Los regidores Azcárate y Verdad, conversaban en el salon de descanso y tenian una discusion muy empeñada.

—Señor licenciado, decia Azcárate, las cosas han llegado al último extremo, la Audiencia quiere abocarse el poder supremo y el virey por su parte no lo quiere soltar.

—Es cierto; pero tenemos que esperar las últimas noticias de España.

—Nos dirán lo mismo que las anteriores, levantamientos por todas partes, creaciones de juntas, ambiciones y todo lo que sobreviene á una catástrofe social.

—Y cuál es vuestra opinion?

—Ya he tenido el honor de manifestárosela en multitud de ocasiones sin este motivo.

Quedáronse los dos abogados un momento en silencio.

—La empresa es grande, dijo Verdad.

—Mas de lo que pensais, se trata nada menos que de la independencia.

—Hay un buen pretexto, digamos que para conservar estos dominios, nos rehusamos á reconocer la autoridad francesa que hoy manda en la Península.

—Y os atreveréis á proponerlo?

—Luego que comience la sesion.

—Y cómo organizais? ----

—Perfectamente, interrumpió Azcárate, la mayor parte de los regidores se compone de gente ignorante á quienes será fácil hacer caer en nuestras redes.

Es que el tal Fagoaga es ----

—Sí, un espía nuestro, que denuncia á la Audiencia cuanto pasa en el cabildo.

—Bien lo conoceis.

—En todo caso será un voto en contra.

—Pues ya sabeis que contaís conmigo para todo.

—Necesito del auxilio de vuestro talento.

El licenciado Verdad hizo una inclinacion de cabeza.

Azcárate continuó:

—Sabemos donde comienzan las cosas, pero ignoramos adonde vayan á parar.

—Es muy sério el paso que vamos á dar, la Audiencia va á estar en contra y mucho temo que Iturrigaray esté de acuerdo; aunque de improviso se encuentra con mas poder que los reyes en América.

—De todos modos, repuso Azcárate, la revolucion es inevitable, es cuestion de tiempo.

—Sí; pero el que ponga la primera chispa á la pólvora puede perecer.

—Otra cuestion de tiempo, replicó Azcárate

—Meditad mucho lo que vais á decir.

—Preparemos el terreno y hablemos del asunto en pelícano.

—Me parece bien; se acercan varios regidores; comencemos el ataque.

II.

Varios concejales se acercaron á los asientos, donde los abogados Azcárate y Verdad habian concertado su plan de batalla.

—Señores, dijo Azcárate, el ayuntamiento de la capital debe tomar parte en los acontecimientos y no estar simplemente como una veleta obedeciendo al viento que sople.

Los regidores guardaron silencio.

—Seria de opinion, continuó Azcárate, que elevásemos una representacion al vireinato, manifestándole que no obedeceríamos al gobierno establecido por los franceses en España.

Gran sensacion produjeron las palabras del concejal en el ánimo de sus compañeros.

Azcárate continuó, con una audacia inconcebible en aquella época:

—Si la sorpresa ha hecho doblar la cerviz al sorprendido pueblo español, nuestro deber es conservar la América para nuestros reyes.

Esto teipló algo las anteriores palabras de su discurso.

—Iremos, continuó, bajo de mazas, el virrey nos recibirá bajo su sólio, y allí doblada la rodilla, puesto el sombrero y con la mano sobre el puño de la espada, haremos juramento de conservar la América y no reconocer la dominacion francesa.

—Me parece, dijo Verdad haciendo una seña de inteligencia á su compañero, que esa ceremonia es digna de los tiempos antiguos, y en cuanto á vuestra pretension en nada adelantaremos.

—Soy de la misma opinion, gritó Fagoaga montado en ira; ademas de que esa proposicion es un atentado, se trata de una independenciam, de una desunion de España, es decir, de un absurdo político; México tiene que seguir la suerte de la Metrópoli, y no faltarán leales españoles que sostengan á costa de su sangre este principio; no se nos venga con teorías ni discursos capciosos, esa semi-independencia, traeria el ejemplo tres veces pernicioso de---- no lo quiero decir y---- no lo diré.

—Pero señor de Fagoaga, dijo Azcaráte, V. S. encuentra algo de sedicioso en lo que propongo, y se engaña por completo, ninguno mas leal que yo; pero considere su señoría que en España no hay mas gobierno que el de las juntas que se disputan el poder.

—Nada importa! exclamó exaltado un tal Villaurrutia, los españoles harán lo que les diere la gana allá en su país; México es colonia, y no tiene los mismos derechos; no faltaba mas, sino que se atrevieran en América á tomar resoluciones sin esperar las órdenes de S. M.

—Pero si S. M. no puede darlas, esto es un absurdo de V. S.

—Mas absurda es la proposicion de V. S. y sin embargo la sostiene.

—Todo está en la manera de redactarse, dijo el licenciado Verdad; esperemos á que el señor Azcárate la presente, puede que satisfaga los deseos de todos; el sentimiento público condena á los franceses.

—En eso estamos de acuerdo.

—Ya comienza su señoría á humanizarse.

—Yo no me humanizo sino ante la razon.

—Bien, su señoría estará tambien conforme en que el país no se les debe entregar á esos miserables cuando toda la España lucha por arrojarlos del territorio.

—Esa es precisamente mi opinion.

—Vea V. S. que sin querer, ha aceptado la proposicion del señor Azcárate.

Villaurrutia encontrándose derrotado, trató de evadir la cuestion.

—No es lo mismo, dijo un tanto calmado, que se independa México de España en estos momentos, á que se proteste contra esa abominable conducta de Napoleon, negándole aquí su autoridad.

—No falta, dijo Verdad, sino que se redacte la nota.

—Sea; pero bajo la base de la mas extricta sumision á la Audiencia y á todo el gobierno representante de S. M. el rey, y sin que se entienda, ni aun lejanamente, que los *criollos* toman parte en este negocio puramente nuestro.

—Quién mete á los criollos en nada? dijo con sorna Azcárate, cada uno estése en su puesto y nada mas.

—Muy bien dicho.

—Creo que los señores regidores están de acuerdo ¿no es cierto?

Todos inclinaron la cabeza y se dieron por citados para la sesion extraordinaria que tendria lugar á la mañana siguiente.

III.

Los abogados Azcárate y Verdad se encerraron en su estudio y escribieron la exposicion que presentó el último al cabildo.

Discutióse sobre palabras solamente, porque el pensamiento estaba aceptado.

En seguida los maceros, precediendo á la corporacion, echaron paso adelante rumbo al palacio del virey Iturrigaray.

Las campanas repicaban á vuelo y los cohetes poblaban el espacio.

El pueblo acudió en masa llevado de la curiosidad, y halló que el ayuntamiento en procesion, iba á presentarse á la primera autoridad á proponerle el desconocimiento del gobierno frances impuesto al pueblo español.

La guardia del palacio batió marcha y presentó las armas al ayuntamiento é hizo honores de soberano.

El pueblo victoreaba (aquello era una costumbre antigua).

Los regidores se presentaron á Iturrigaray, que los recibió con muestras de extrañeza; oyendo con mas aún, la proposicion del cabildo.

S. E. no encontró por el momento respuesta alguna que dar y ofreció consultar con la Audiencia.

Los oidores se montaron en cólera creyendo que se trataba de la proclamacion del virey y se negaron á esa peticion tan patriótica.

Azcárate habia ido mas allá en su dictámen, pues aconsejaba y proponia un *gobierno provisional*.

Mientras que los regidores hablaban con Iturrigaray, la multitud crecia mas y mas, llenando el ámbito de la plaza.

Repentinamente se dejó oír un rumor por uno de los ángulos.

Un hombre de cabellera entrecana y alborotada, la barba crecida, los ojos sombríos y el trage en jirones, atravesaba corriendo, seguido de los muchachos que en tropel le seguian gritando: ¡al loco! ---- ¡al loco!

El desgraciado demente comenzó á defenderse de aquella turba arrojándoles piedras; pero la algazara y la jácara continuaban.

El loco se detuvo frente á palacio á la hora precisamente en que el cabildo salia de su entrevista con el virey.

Quedóse como pensando al ver la comitiva, y comenzó á gritar desesperadamente:

—Viva Iturrigaray! viva el virey! mueran los franceses!

La multitud sigue siempre al primero que levanta la voz, y la del loco fué secundada por el pueblo, ignorando que despues de la pretension del cabildo aquello tenia visos de una sedicion.

Los oidores y sus agentes temblaban ante aquel motin y juraban tomar venganza; porque la popularidad del virey los inquietaba.

El loco echó á correr seguido siempre de la tropa de pilluelos que gritaban sin cesar:

—¡Viva Pedraja! ¡viva el loco Pedraja!

Antonio Pedraja el estudiante se escurrió por una de las calles adyacentes temblando de terror ante sus perseguidores, mientras que la multitud continuaba impulsada por su misma fuerza gritando sin cesar: ¡mueran los franceses! ¡viva Iturrigaray!

En una de las fuentes de la plaza estaba un anciano con su hijo, mancebo de veinticuatro años.

—Mira, Andres, en lo que paran los extravíos; ese loco desgraciado era un jóven apuesto, familiar del señor obispo de Michoacan, iba á casarse con la hija de un portuges llamado Treviño; pero en vez de ir por un camino derecho, se sacó á la muchacha de su casa, esta jóven tomó asilo en el convento de

la Enseñanza, de donde desapareció repentinamente sin que nadie haya vuelto á saber de ella.

—Y eso le ha hecho perder la cabeza?

—Precisamente, es un desgraciado, ya lo ves, víctima de la rechifla popular.

—Y sabéis cuál es su tema?

—Sí; que ha matado á un hombre, y que el virey Branciforte le ha robado á su novia.

—Da compasion ese miserable.

—Tengo curiosidad, hijo mio, de saber la contestacion que ha dado el virey al ayuntamiento; se trata de establecer como en España, una junta provisional de gobierno.

—Padre mio, yo lo deseo con el alma, porque odio de muerte á los franceses.

—Es una infamia haberse apoderado de la Península por sorpresa y tener revuelto el reino y presa á la familia real.

—Estamos en pleno tumulto, padre mio.

Esta conversacion fué interrumpida por el concejal Fagoaga que se llegó al viejo.

—Señor de Fagoaga, dadnos algunas noticias.

—Todas son malas, amigo mio, se trata nada ménos que de una usurpacion de poder.

—Usurpacion?

—Sí, lo dicho, amigo mio, este señor virey tiene tendencias que son sospechosas altamente.

—Querrá aprovecharse de la situacion.

—Precisamente, y con mengua del gran valimiento de la Real Audiencia, sin saber que por nuestras leyes se le puede aún hasta desconocer.

—No seria el primer caso.

—Los oidores no se dejan manosear las barbas, y me temo un conflicto muy sério.

—En estas circunstancias seria muy trascendental.

—Ya veremos, por ahora me voy á explorar el campo.

—Adios, señor de Fagoaga.

—Ya os pasaré á ver esta noche.

Alejóse el municipal con vivas muestras de descontento y resuelto á hacer liga con los oidores contra la autoridad de Iturrigaray.

IV.

Los oidores Aguirre y Bataller se encontraban reunidos conspirando, cuando Fagoaga se presentó en su estudio.

—Os necesitamos urgentemente, dijo Bataller.

—Estoy á las órdenes de V. S.

—Decidnos, qué pasa por el municipio?

—Allí, señores, hay una revolucion completa, se trata de no reconocer, ni la Junta de Sevilla, ni la de Oviedo; sino la que se forme en México y asuma todo el poder de S. M.

—Esto es horrible, amigos míos, dijo Aguirre; precisamente en los momentos en que vamos á hacernos de la situacion se nos quiere arrebatar.

—Este señor Iturrigaray es un traidor! exclamó Bataller, yo estoy porque se le aprehenda, estamos en nuestro derecho para hacerlo, la Audiencia se hará centro de la administracion y todo quedará arreglado.

—Le mandaremos á España bajo registro.

—No es hombre que se dejará aprehender fácilmente.

—Eso consiste en la combinacion.

—Estrechémosle á convocar otra junta, y nos aprovecharémos de una sola palabra que se le escape para lanzar la tempestad sobre su cabeza.

—Afortunadamente se han puesto de su lado esos revoltosos de abogados Verdad y Azcárate, cuyas ideas traen alarmada á la poblacion.

—Esos señores caerán en nuestro poder.

—Os recomiendo al padre Talamantes; ese es mas revoltoso aun, verdaderamente insufrible y enemigo mortal de la Audiencia.

—Ya nos la pagará ese fraile bribon.

—Señores, dijo Bataller, no es tiempo de hablar, sino de obrar, yo he propuesto que se obedezca á la Junta de Sevilla como al soberano solo en materias de *guerra y hacienda*; pero ese marques de Rayas ha dicho que la soberanía es indivisible.

—Esas son barbaridades, dijo Fagoaga, como si estuviese al alcance de la cuestion.

—No puedo mas, que precipitar los acontecimientos; lancemos á Iturrigaray en la senda revolucionaria y lo tendremos cogido en nuestras redes; ya visteis, señores, que el dia en que se supo que los franceses tomaron el puente de Córdoba y apoderándose de España, este infernal virey tenia retratado el gozo en el rostro.

—Este debe ser el primer capítulo de la acusacion de *infidelidad*.

—Cuando hayamos acumulado cuanta odiosidad sea posible sobre Iturrigaray, le damos el golpe de gracia y lo hundimos.

—Convocaremos á la Audiencia á un acuerdo secreto y hablaremos del asunto.

—Estoy seguro que todos los oidores serán de nuestra opinion

—Así lo espero.

—Yo entretanto, formaré en el municipio la oposicion, para exaltar los ánimos de Azcárate y Verdad, que cuentan con una mayoría respetable.

—Pues á trabajar, dijo Bataller, á trabajar y ya sabeis el adagio: *á rey muerto príncipè coronado*.

CAPITULO III.

EL HILO DE LOS SUCEOS.

I.

Al anochecer del 30 de Agosto de ese año de 1808, dos caballeros llegaron al palacio en un carruage de camino.

La esposa de Iturrigaray salió á su encuentro, y estrechando á uno de ellos le dijo:

—Tomás, á qué has venido?

—Tranquilízate, hermana mia, mi presencia no puede nunca causarte inquietudes, sabes lo mucho que amo á tu esposo, y vengo á afirmarle en el gobierno de las Indias.

La vireina disimuló la emocion desagradable que le causaba la presencia de su hermano y del personaje que le acompañaba, llamado don Juan Jabat.

—Caballero, al veros en la corte de Méx'co despues de vuestro destierro----

—No lo extrañeis, señora, ese acontecimiento lo he olvidado ante el gran peligro que corre nuestra amada patria en estos momentos.